

RETRATO
DE UNA
HABANA
FRENTE AL
MORRO

JORGE LUIS BETANCOURT



Jorge Luis Betancourt

**RETRATO DE UNA
HABANA FRENTE AL
MORRO**



A la Habana incólume.

*Borrado por la noche
con los pies calzados de barro
llegas a la ciudad.*

MIGUEL BARNET

Mas perros

Me escudo en el perro
que acaricia
el torso que me escupieron.

Me permiten bostezar.
Ni sé cómo
debo escapar
sí, señores,
escaparme de la vida
entre humores malignos
como el perro
que orina la tarde,
el lamer de los días,
el desespero
de otros perros
que me miran
indiferentes,
aunque no ladran.

Una gárgola ofrece
sonriente,
testículos al fuego.

Huyo.
me corren detrás:
cómo te escapaste,
de dónde eres,
me aterran
me tocan
agitan
dame una mano y te leeré
el mundo
amigo
quiero ser tu amigo
vamos a mi casa
me incita
agobian

no

vienen otros
me cargan
 ganan
 mastican

No soy yo
soy sombra
partitura

me ejecutan
soy nada
soy perro,
silencios...

Soy el sencillo hilo
que parte el instinto
para ahogarse en la piedra.

Nocturno ciudadano

Mi abuela llora en la madrugada.

Me levanto y dando traspiés llego a su cama.

Sus labios abiertos,
de resollar el tiempo inútil
que le quema.

Veo sus tripas y las penas:

Recuerdos disueltos
en la apnea,
escrita y añorada.

Ronquidos
en los objetos
de su otra juventud,
muecas
sabrás Dios porqué.

Poco importa.

Mi abuela se dilata
entre arrugas
y difuntos.

Los espanto:

busco al abuelo,

al general,
al roba historias,
al olvidado.
Ese silencio que acaba
con las higueras.

Arengo:
Mambrú se fue a la guerra...
Señor arcoíris vamos a pintar...
Como han pasado los años.
Hueco
le incito:
una melcocha azucarada,
un peso macho

vacío

sus aullidos abren puertas y ventanas
dando paso hacia las murallas de
otra vieja ciudad.
Hasta luego Habana incólume
la despido en la bahía.
La ciudad se va donde otras ciudades
resurgen

Neptuno

resbala

abre la espera

engulle sin masticar

vacío

abuela sigue en diálogo

con la madrugada

¿y yo?

Entonces yo no había llegado.

Andar de juerga

La desesperanza es una guayaba podrida delante de mis
carceleros.

Huyo

peleo

me inoculo

me incinero

lloro

me desgasto

pienso

huyo.

La espera es una bestia

corriendo en la levedad de una esperanza.

Ladridos del viaje

Soy jeroglífico de mis brazos.
Corto el pan con mis huesos.
Los perros del amo,
lamen la tarde con sus ladridos.

Otra parte dividida.

Cerca, en el parque,
los pájaros acechan
a los hijos menores queridos.

Van a la floresta
penetran callejuelas,
rincones grises,
diligentes braguetas
de inadaptados pupilos.
Viejos deseosos,
sentados en un banco
relamen
ese corto tiempo
que es el adiós,
de los muchachos

trasnochados
por el hilo inútil
de los sueños.

La otra mejilla

A mis amigos náufragos del mundo.

Sin besar al prójimo
sin dar la otra mejilla,
tirar la piedra, el paño,
correr tres siglos en vez de
mirar la pasmosa coincidencia.

La Habana se destruye
en los amigos que se ausentan
ante el ojo de buey.

No queda más escombros,
polvareda que cae
en la herida del muro,
en la espera repetida
tantas veces.

Del prójimo

Sin besar al prójimo.
Ser arcano de otros diluvios
maldecir el vino, el melindre:
regados como angustia
la ciudad amurallada
por las penas,
vomita sus calles
como al Cristo perfidiado
en el quimérico aliento
de su silencio.
Nada queda del otoño,
nada queda ya en los ayeres.

Bastardo

I

No fui el David con el que mis
padres soñaron
al copular con sed.

Nunca me gustó la noche, ni el libro de las profecías,
ni el cayado o el incienso
ni las bestias,
ni los barcos,
ni los puertos vacíos.

No caminé sobre el suelo o mostré los güevos.

Siempre fui la débil criatura del domingo
que en secreto,
vestida de muñeca,
me escapaba en el espejo.

Tenía un amigo
haciendo muecas
con la complicidad de otros.
Una madre posesiva:

“Ven a preparar la cena, lava mis pies, toca algo en el piano”.

Mi madre, sabía y me dejaba:

el pomo con trenzas, el vestido rojo, los insultos de todos.

— puticaloca —enseñametuculito—

pobre mi madre

no sospechaba que yo era un juguete,

la Mesalina del barrio,

la cantimplora de

Nerón,

el náufrago

de un barco

varado en sus miedos.

II

Pinté rostros de héroes, escribí cuentos y poemas tristes.

Me negué a ser como los otros

porque ser distinto

era una rareza

y las cosas prohibidas
suelen ser pecado,
lujuria y tentación.

III

Soy el vino delicioso,
la antropofagia del caos.
Soy la mujer de rojo que espera
la condenen.

Sin grilletes

Fueron grilletes
quienes me trajeron a las hojas de Yagrumas,
rocas repletas por las que algún día corrí
hacia pantanos.
Aullé.

Yo era Cleopatra: (puta de magia, hecha para maldecir
la carne) oculta en la hermosura de los besos,
verduga de los barcos,
visionera y terrible puta imperfecta quizás,
en mi cuerpo cobraba
silencios, bajo las aguas de mi
adolescencia,
ese miedo a tocar el pecado ilustre de los sueños.

Era jíbaro en orgasmos perentorios.
En los pastizales,
me mostró la serpiente
su sexo indefinido.
Y se hundió en mi boca,
el oráculo inocente
de cóncavas palabras.

Derramé el torrente oculto,
el mar distante
dentro de mi inmensidad,
un galopar de otros caballos,
con fuego y humo.

En mi boca abierta otra vez el suspiro en desespero.

Me dijo un mundo
con rugir de blancos dientes,
hasta que la muerte del jadeo explotó de nuevo
en la jaula de la piel
de otros.

Donde parece manantial la noche sus ojos,
me azotan de poder
ese gemir
explota
en otras averías.

Ahora

Ese eres tú:

La lengua rugosa del tiempo lame la cicatriz que de este mundo soy,

cada día, hora, minuto, segundo

pasa sobre este futuro cadáver.

Me repasa

adoba

fermenta mis años

añeja el vino que golosa catará de mis venas,

en los esfínteres se escuchan mis órdenes

y la artrosis amordace mi andar.

Seré viejo

cuando el tiempo haya terminado de jugar con su mordida.

Demonio

Tengo un demonio sembrado profundo en mi espina dorsal.

Lo tengo con sus amanuenses, sus papeles viejos y su terrorismo de revistas porno.

Es una plaga impostora,
sus juegos burdos han hecho metástasis en el soñar de cada madrugada.

Sus manos crecen hasta devorarme la mirada
no lo veo —quiero— puedo sentirlo
aunque he obviado todo:
esconderme, huir, ahorcarme, blasfemar

pero él sigue invadiendo
con sus tentáculos
mi voluntad,
las palabras de su orgasmo.

Su habilidad innata de negociar me hace dudar de los buenos oficios,
aunque soy de él, que profundo en mí,
se consuela con sobras,

pero a veces
maldito,
saca sus guijarros
para mostrarme el universo.

Rey de nada

En esas nubes que chocan en la orilla, descansan los
huesos de Reinaldo Arenas,
restos ingratos de su cuerpo.
Volé hasta ellos,
los coloqué como al descuido,
unos allá, otros acá...
El sexo de Reinaldo, al centro, a vera de los turbios
pasantes,
la cabeza en la concha, los pies bajo las enredaderas del
parque Lenin.
Quemando su memoria con la violencia de quien rasga
para siempre su imagen en el príncipe,
maldije sus burdas sombras,
me alejé a una playa de pájaros oscuros
a padecer tranquilo en mi mágico círculo de lo cotidiano.

Agonías

Agonizo frente a la tapia del asco.

El desamor funda su aguja para crearme angustias
y lumbrales de quinquenios grises.

Besé mis llagas sin pudor ni pensar en hedores, ni
escariosos restos de alquitrán.

He vendido las yeguas de mi apocalipsis,
ensartando la fina hebra de los instintos,
al perro rabioso que protege mi cordura de los altibajos
pudorosos,
posibles farsas
de los que ayudo cuando quiera.

Me he dibujado un rostro,
una armadura
un tremolante incendio,
un parlante y una coa para salvarme del veneno de las
toxinas,
y en las putas muertes
renazco.

Pero,
que extraño,

siempre llegan otros y me inoculan su veneno.

Manolito como loca, se abre como un compás,
sobre el cuerpo de Alejandro (el putico)
flexiona las piernas, resopla

con su boca fustiga precoz que corre desbocada
arrastrando
los augurios turgentes en la oratoria de su lengua como
espada de miel.

El pobre muchacho oriental, —de Rio Seco— huérfano
y esclavo
viene a poseer o a ser poseído
en la playa de arenas tristes,
a conquistar los confines de una ciudad amurallada.

Esculpida con oficio de meretriz en su invernal disgusto,
se irá el rey vencido
en un adiós,
en el éxtasis del nunca más.

Otros muchachos como peces sobre la tarde plumiza del verano.

Manuel contándome su chiste,
Reinaldo buscando ideas, abrazado a la cintura del principio mismo.

Discursa desnudo en el balcón de los geranios,
amarra estatuas en la Habana tras la muerte del patriarca

con la oz y el martillo
la única esperanza
para el mundo,
es polvo al polvo,
de allí venimos.

Migajas

Hay mucha más hambre en el ojo del pez,
en su mero deseo de llenarse la barriga.
No basta con sudar la frente y ofrecer al diablo unos
billetes.

El hambre ordena a las tripas mostrar el eros,
aguantar los clavos
ser fuertes,
inocentes.

Pactar con santos paganos,
la sed que clama
el defenestrado deseo
huir de todo.

Hay tantas hambres en la viña
que no basta con remediar de panes y peces
estómagos rebeldes.
¿Habrà una mano generosa
otra extendida,
voluntades infértiles,
reprimidas bondades
y genios con poco tiempo para salvar el todo?

El color de la raíz

I

Estoy por saborear la certeza
de los advenimientos.

Soy la verdad que todos desean lamer de su costilla
el modo en que amarro
otra piel volátil
rostro amancerado
al borde de mi ojo virulento.

Están por enterrar la figa
en el estrecho orificio
por donde salieron
todos los machos inhabitables
y sombríos que se extrañan.

Estoy por acostarme
sobre el sudor de una isla
sin nombre.
Sin la perpetuidad de mis senos
con los que pude amamantar

los días con sus noches.
La flor remota del tiempo
y las bufonas arcadas
con la que alguien escupe
los ojos que se ha llevado
en estampida de culebras.

II

Voy a bendecir el humo
indolente de esta carne bondadosa
usada como hoguera
amantes
peces de místicos colores
sinfónicos estruendos
de maricones gestos.

Soy la criatura despedida
en el umbral de la certeza.
Fállicos orgasmos
con que me abofetean
nocturnos adioses del deseo.

III

Salgo desnuda como otra puta
de sexo atrás, triste y ríspido
anacoreta sin reloj.

Oh, bendecida criatura
estoy hecha para el péndulo
oficiador del milagro
y sus crucifixiones.
Tírame entre los cascos
del caballo desplomado.

Quiero

Quiero mirar por última vez
el vuelo de las garzas
tras el fondo gris
de ráidos harapos,
del candil sin mariposas muertas,
sin mis alas para resucitar,
sin el yo,
sin los todos adjudicados
por el nombre fatal de mi cordura,
por el cuadro rupestre de mi hastío.

De la incólume oquedad

Desde la soledad
al hueco oscuro
saltan dilapidantes
los muertos que asistieron
los años tiernos de la primera adolescencia.

Hacia su cuenca de hojalata
otros divinos innombrables
dejaron parte del juego dulce
en dentelladas a la piel
de mis criaturas sueltas.

Abismos y musgos
yacían como piedras
en cornisas de hojas muertas,
mil veces usado
otras muchas
plegado al augurio
y el soliloquio
de las sombras fatales.

(Me considero un usado por la vida).

He visto el contenido de los hombres
sin decir un verso,
prefiero bendecir
la luz de las entrañas,
plegar al jadeo
de sus bocas sucias
angustias
en la casa hecha
a cuenco semejante,
que es mi año estrecho
cápsula divina.

(Hay un puerto entre mis nalgas).

De la incólume oquedad
los orgasmos
despiertan sudadas ansiedades
en medio del fuego inocuo
con que entrampo el karma.

Hacia las alcantarillas
vertiendo la ciudad
a sus pájaros difuntos.
Empiezo a comprender

que nada cabe ya
y de un tajo rompo
la puertas inadmisibles
que entre la luz
con su augurio
al manantial perverso
de mi cuenca.
Es desgarró
en la gotera
como han quedado las cornisas.

No confundan este orificio
con panal de abejas,
vivan en el cuerpo
todos los milenios,
las cenizas de viejos amantes.

De la incólume oquedad
el mar,
y sin embargo
sigo apostando todo a la ranura.
Si se puede vivir rosando el borde
se puede caer sin sentir el golpe
a la tentación del sida.

Isla

Esta isla
alimento del hambre
y la espera,
otra vez edifica
los nombres
difuntos viajeros.
Le asiste la suerte
en sus desesperanzas.

Isla.

Barca anclada
en sus zozobras,
piano de heno
en negros despojos
de sus teclas blancas.

¿Qué bestia te embarga
los signos,
vertiginosos discursos
ambivalentes y cursis?

Isla.

Paisaje abstraído
de un puerto sin barcos.

Hedores que asfixian la noche
sobre alfalacas,
plaza de adoquines muertos.
Palomas abúlicas
picando el maíz
de tu mierda estofada.

Bukowski vomita
el vino de las catedrales.
Lezama y Virgilio
sueltan el lastre
en una carcajada.

Hay deudas pendientes
sangre,
mucho sangre pendiente
que embarra los lienzos difuntos
de poetas muertos.

Isla.

Licuada de goces
en el parque central.
Pájaros que llegan
a pervertir
en el ojo del amo,
que riega de injurias
al martirio dulce
de la punta hueca
donde justifican,
sus muecas de angustias.

Isla.

Cierra tu vergel
ciudad toda.
Abre tus voces
que aclaman al Mesías.
No atormentes con hiel
los últimos rincones,
ni las claraboyas.
Afuera se levantan
todos los anclados
ante la impiedad.

Isla.

India desnuda
que juega areito.
Ídolo del mar
del caribe azul.
No te vayas ahora
Como cruel ramera,
ni al juego de batos
a recolectar del mármol,
otra vez las tumbas
de unos dioses blancos.

Isla.

¡Manicato!

Trocadero

Hay en la tarde olor a miedo.
A golondrinas que pasan raudas
sobre la memoria.

En un banco del Prado
el viejo poeta
bosteza el símil
de su anacoreta.

Hay sombras
bajo la lumbre
de las campanas
que en la Catedral
es tan torpe
como el asco visceral
de los días.

Trocadero
solo la ventana
el viejo sillón
todo es vacío.

Ébano

Sólo en esta tierra despoblada
me levantan sin lógica
desterrado de una mala pesadilla,
diez golpes de suerte.

No están los muchachos del barrio
con su olor a noche
y alcoholes baratos.
Ébano tampoco
ha tocado para el desayuno.
Es junio y domingo
solo los recuerdos
del puto muchacho
que acosa a la suerte
en su largo viaje.

Sólo y despoblado
se me ocurre pensar
que sembraré de orquídeas
este vertedero.

A mi nadie vino a provocarme.
Yo solo quise arder
como una oruga en el fuego.

A mi nadie vino a decirme nada.

Al filo de lo perverso

Escapo en el resuello de dios.

No quiero verme envuelto en la
mortaja,
porque el filo del agua
corta con inclemencia,
el humo brutal
que ofrece el espejo.

(Agonizo en el ojo que estuvo un tiempo sujetando la
visión del mundo).

Cultivo rosas rojas
las blancas me causan náuseas.

Luego me voy a ninguna parte
vestido con la posibilidad
de todas las consecuentes maneras,
al azogue implorado de las aguas.

Al filo de lo perverso,
tengo que desacerar la nuez

donde alguien,
cultiva higos de otra huerta.

No creo en lo turgente de las promesas,
amo el paño donde Dios
hizo con la sangre de su hijo,
un padre nuestro.

(Descubro que cirrótico el hígado,
no le sirve al borracho,
tampoco aplomar el trago).

Continúo la contradanza deplorable,
cuando entono el criterio,
lasca y nacencia en mi cordura.

Nada es más resolutorio que la pandemia,
a veces es bueno morirse
borrado con vulgata,
que irse a rezar con el whiskey
en las cavernas.

No es casual que resbale
tocando la navieta del párroco,

si desde adolescente
voy a misa,
a licuar la tuba del hijo amado.

Muestro esta carne,
suelto el polen,
me descalzo
para que Jesús me salve
del holocausto.

Búhos

I

Pensaba no volver
a cazar como el búho
en la madrugada húmeda
de la Habana.
Pero volvieron esos días
de colero
de hacer la magia
en los pasos de escaleras,
tras el pomo de aceite
el picadillo
la malta
la maldad
de no conocer a mis vecinos.
(Que tomen el último
en la cola,
no soy el salvador de sus barrigas).

II

Me conformo con la levedad

de estas circunstancias,
que me obligan al acecho
solapado por las ruinas.

Siempre pensé
en el carro de la suerte,
en un bote de viaje
con amigos.
Dejaba atrás
toda conformidad,
toda la agonía
y su mala suerte.

Como nadie aprendí
el arte de escapar
entre piedras que humeaban
el sortilegio vacuo
de la esfera.

Vengo a pedir permiso
a este bodrio,
donde aves y fieras
se junta para cazar,
cuando el disparo

se escurre otra vez,
desnatando
la teta de dioses abundantes.

III

Yo pensaba ser salvaje
como el búho que devora
a los ratones.
Abrirme ante dos posibilidades,
una, huir,
la otra,
un esperar eterno
en la hipotermia de la suerte.

El asunto no es morder
mimético al escarnio,
ni vomitar la rabia impotente
que es sátira,
burla de trifurcados vientos.
En los árboles sin frutos
ni modos potenciales
volver a la semilla.
Es penosa la espera entre columnas,

escuchando discursos obsoletos
del que pide sacrificios.
¿Cuántos siglos deben pasar
para lograr un trato con los gobiernos?

Se hinca el hollín
como clavo de hierro,
sobre la déspota columna,
corriendo riesgo
en cada punto donde se rifan
a diario los panes frescos.
Que caigan pedazos
de la Habana,
sin parcelar el vino másico
desde un templo sin querubines,
hasta esta ciudad
ladrillera y brutal,
casi suicida.

Tan solo soy como el búho,
en la ginecología de la maraña.
Consigo al menos,
el bramido de la gente,
de supuestas orgías y contraseñas.

Proyecto para la desmemoria de una isla anorgasmica

I

Por la torpeza
ha caído bajo
el humano simple
último usurero
que exige el diezmo
con injustas manipulaciones.

Nadie le hace preguntas.

Se identifica seguidor de otros profetas.

Le alaban
vitorean confidentes
verracos de falsos himnos.

Absoluto en sus lógicas
va regando mierda
cual cultivo agrario.

Se cree salvado
agrimensor de sordos girasoles.
Antes del alba
comparece
por las plazas vacías
buscando recompensas de
aplausos
palomas cagonas
jaspeando valores
como peregrinas usureras
en Tierra Santa.

Si le quita los poderes
su siembra es sarga.

Llena las cestas
con aromas
de sardónicas alegrías
vuelve su mano
en inocente beso
la otra mejilla.

Ha de surgir
en el valar

resguardado
pozo
muertes inmateriales
impertinente reticencia.

Está y no está
entre el verdor de las grandes
sapiencias
reposado
la enemistad del odio
al sexto día.

Resucita en las fuentes
adornadas por cruciatas
casi en bochorno de escaleras
hechas
de sexo loco.

Calígrafo del humo
criatura decadente
implacable mosca repugnante.

Con efigie
sobre el asta

donde ondea el hambre
un dios de patria o muerte.

II

No culpen al inspirado maricón
de todas las desgracias.

Se escriben nombres
sin importancia
en cada lápida.

La historia riega
el lodo oculto
de sus mazmorras
ocasionando el caos
podrigorio del cuerpo
que ya no sirve.

III

Para ridiculizar la muerte
casualidad o ensayo.
Para la desmemoria

es culto sagrado
aferrarse a pasados
menos turbulentos.

Abajo quedan
confiados a las glorias
pornográficas historias
de una isla anorgasmica
en sus sueños.

Como si huyera del otro lado hacia el horizonte

Como si huyera del otro lado
hacia el horizonte,
cabe una posibilidad
entre olas
al rumbo de los náufragos
y sus cantos.

Desde la arena entre nueces
van los que migran
al vientre del escuálido
tiburón de la rompiente.

Al llegar nadie espera
nadie ve el humo
devorando en círculos
a viajeros fantasmas
y sus señales.

No más posibilidad
que lo remoto
junto a los cuerpos
el recuerdo ansioso de la llegada.
Sin embargo

es resumen indolente
el horizonte encapotado
la marca vespertina
unida al infinito.

Todo termina con los toques
de tambores
y Orishas destronados.

Sarcófago para narciso

No toques a la puerta
con diestros nudillos.

A esa hora
la carne putrefacta
condensa un último
y sincero aullido
en el viejo cuarto.

Narciso duerme.

La bestia
con piel de ave
es devorada por las fieras.

El féretro
sin cuerpo
yace al lado del pesebre.

Otras criaturas
llevan colgadas en sus morrales
venenos dulces
para saciarse luego
del entierro.

Se van sin un adiós
aquellos oficiantes
del sexo amargo.
Son almas confidentes
ahogadas por la luz del día
en el reflejo triste
de la charca.

Narciso es un burdo amante
de agua turbia.
Con ojos asesinos
corroe maldito
ribetes de locura
entre rumores ciegos
en la mudez de los oficios.

Alguien le cierra la alegría
a martillazos...

La piel en la fragua

Muy lejos a de andar el otro
que sin muchos miramientos,
deja tendida la piel
en fragua ajena.

Con los dedos enrojecidos
por la llama vengadora,
deshuesa el fierro,
cincela en sombras
el abstracto resumir
de los carbones.

Llega el eco sinfónico
desde los cascos ensombrecidos,
muchachos fáciles de amar
con fragancia a madera fresca.

Llueven mariposas grises
desperdigadas en un sitio
de milagros,
pisadas hirientes sobre el barro.

Todavía en la mañana,
la casa es un sumidero
de blasones,
numéricos algoritmos,
cultivo de excretas,
naco entre los labios
del que martilla su rayo
de esperanza,
y se lleva la suerte
en su cuadrúpedo sudado.

Luego se yergue pálido,
eleva al cielo
el juicio eterno
de la muerte.

Junto a la charca

Mi madre junto a la charca
lava con rabia
los despojos de su infelicidad.
Golpea pantalones y camisas
como si rompiera los hechizos
de un mal amor embrutecido.

Mi madre golpea con su paleta de madera
las cobijas manchadas de recuerdos.

Mi madre es jovencita
hermosa como la flor del romerillo.

Estruja con humanidad
de buena lavandera
cada rostro de otra amante.
Tiende las sábanas blancas
en los gajos sueltos del ocuje.
Mi madre canta una canción
de cuna.

Llora desde su labor
los sueños que se van con la corriente.

Mi madre no es la chica alegre,
se ha marchitado
con su cantar bajito.

Mi madre se va gastando
en la espuma del jabón.

Mi madre junto a la charca
se frunce en las arrugas de las sábanas mojadas.
Se ahoga en la transparencia del río
en el fondo donde vive el guajacón.

A mi madre le sobran los recuerdos
se desnuda de pudores
riega sus senos
en el moho verde
de las piedras.

Mi madre
es el reflejo de la tarde.

Mi madre se evapora sin decir palabras.
Mi madre es hurto a la tristeza
al caer en el vacío de las ropas.

Ánforas

Habíamos dispuesto un recodo
para mirar el mar,
lo infinito del pasado
repleto de vino tinto,
que se enfriaba con esmero
para en la noche,
embotar lo divino.

Los otros cuidaban la cosecha.

Tendimos nuestros cuerpos ahogados por la sal,
sobre hojas secas de eucalipto.
Hambrientos de sexo,
asaltamos como locos
cada tramo de la piel
quemada por aquel agosto.
Junto a las ánforas de vino,
eyaculamos el polémico
transcurso de otras vidas.

Teníamos el temor de los gorriones.

Soñando con barcas,
velas preñadas de viento,
en el marasmo de la resaca,
perdimos el temor a ser descubiertos,
tejidos en la noche,
uno poseído,
el otro redimido,
hicimos que pareciera
toda la vida,
un frasco de licor.

En la rompiente,
los peces ahogados
después de la tormenta,
el olor de las frutas rebeldes,
del vino dulce a semen,
a cangrejos apurados,
al principio de lo fútil,
despreciable llamarada
de gente que nos obligaría
a maldecirnos,
a odiar el dulce placer
del sexo prohibido.

Te vi huir en el polvo,
arrastrado por el viento
hacia la puesta de sol.
Me quedé esperando
las sobras indefinidas
del barro cocido en el fogón de leñas.

Reímos en la salobre baba del caracol.

En los permisos concedidos
de la edad y sus sueños idos,
las cosas rotas,
tan rotas para siempre
en las ánforas de vino.

Los errores enmendados

A la memoria de Paco Mir

El pianista culminó
de ejecutar la pieza,
se arrimó a la barra
para beberse una copa de licor.

Esa noche sería distinta.

Llevaba veinte años
tocando sin ser escuchado.

Dos mujeres solitarias
fumaban y reían.

Afuera las aves chillonas
parecían disputarse
los favores del único macho.

El pianista miró girando la cabeza.

Había poca gente,
solo tres borrachos
y unos maricones ebrios
en la última mesa del recinto.

Cansado de tocar por gusto,
el pianista,
extrajo del bolsillo interior del saco
un papel pautado.
Eran obras ajenas,
nunca las suyas.
Con agilidad de mago,
desgarró cada nota
hasta hacerlas añicos.
Un golpe seco invadió los predios,
las mujeres, los maricones y los borrachos
fijaron la atención, para escuchar el ruido
ensordecedor del piano.
Con sus manos desgarradas,
hizo pedazos el instrumento.
La música era rara pero agradable.
Aplaudieron frenéticos,
él cayó de bruces
sobre su propio vómito.
Esa noche fue la última oferta
del hombre que empezaba
a vivir una etapa nueva,
al descubrir su verdadero talento.
Rompió con odio la música

en el oído infecto
de su auditorium.
(Ovación cerrada)

Sueño con miedo de no despertar

Me ha dado por soñar cosas terribles.

—He muerto de repente—

Entre otras cosas

quedaron algunas por hacer.

por ejemplo:

anotar la vida en colillas de cigarros.

Me despierto con el corazón

en la mano,

salgo en busca del aire

que no puedo respirar,

saco la cabeza a través de los silencios,

me aterra tanto morirme

en esta cama fría,

mortaja de tanta soledad.

Que extraños dominios

tiene la parca

cuando juega a las visitas.

Con sutileza de mujer perversa,

se aparece a cualquier sueño,

a llevarse tantas cosas

que uno creyó eternas.

He dispuesto la alarma del reloj
sin péndulo ni cuerda,
es un modo especial
de acabar con el miedo,
con sus mañas usureras.

La recompensa es el sudor sobre la frente

Siembra el hombre
con sus manos
en el surco,
sus atosigadas semillas.

Entre una y otra cosecha,
con temor a que no llueva
se levanta cada mañana,
con la zozobra del fruto
sudor sobre la frente.

Acostumbrado a mirar hacia el celaje,
suplica al cielo mejor cuaresma,
vuelve al interior de su casa
repitiendo el acto
de otro mal sueño.

De ese modo se irá gastando
en su vigilia.
Hereditará al hijo
el guacal con las semillas frescas.

Se le gastan los ojos
oteando la luz
en las hojas secas
que el polvo envuelve.

Sentado bajo el viejo árbol
que alguna vez fue rico en frutos
verá partir su única esperanza
su otra parte llena de rencores.

Contra una estancia inútil
y los cayos sin recompensas
voltea a mirar
las últimas nubes del otoño
adheridas al canto del pájaro
en su silbido triste.

Sembrados sobre las arrugas
todos los planes devoran
la luz
en los ojos marchitos de miedo.

Algunos prefieren irse

I

Algunos prefieren irse
al jardín del extraño
a cultivar manzanas.
Otros nos quedamos
sin descubrir nunca
que cosa es una isla.

Algunos migran
al viñedo del norte
a cultivar libertades.
Otros no descubrimos nunca
el sabor de la guayaba.

Algunos deciden tirarse al suicidio
de las aguas
que sentarse a mirar
cómo se le gastan las semanas
entre carestías y mudez.

II

Hasta hoy me fue difícil
comprender la lucha
de cada cual
por masticarse las entrañas
y no partir.

Es natural sentir miedo
el temor nos hace ambivalentes
o nos convierte en cómplices
del verdugo.

III

No tengo el don de los suicidas
que al primer golpe
se van huyendo
dejando atrás este trozo
de tierra imaginada.

Algunos nunca vuelven
se acostumbran al frío invierno
se calientan con los vinos

o lloran a solas
su felicidad extraña.

Me ha costado mucho
descubrirme isleño.

Creía que solo las jaulas
tenían barrotes
y los pájaros
como no suelen razonar
se conformaban
habitando su encierro.
Después de todo
desde adentro se puede
ver el mundo.
Desde la longitud asignada
los demás pájaros
terminan por parecerse
a los cautivos.

Algunos prefieren irse
otros sencillamente
vamos al muro
a la costa

y desde la arena
miramos a lo lejos
con ojos de pájaro enjaulado
y cierta nostalgia
la tierra prometida.

Los que vuelven por el pan

Algunos vuelven
huyendo de otros sitios
a comer su pan amargo
la helada sensación a olvido.

El pan es ácido y amargo
el horno no calienta
pero es nuestra harina,
nuestra masa de maíz
reliquia ancestral
del viejo cacique.

Otros ya estábamos aquí
mucho antes
que aquellos inocentes conquistados.
Vimos cómo llegaron,
traían la novedad
de los suicidios,
cierto rencor por el pasado.

Aquella vez nadie fue al puerto
ni victoriosos levantaron la mano

en señal de bienvenida.

Desde su estado camaleónico
maldijeron a los que volvían.

El pan estaba hecho
con la harina de todas las penas
y obsesiones.

Todos cerraron puertas
y ventanas
como señal de luto.

Cuando el pan estuvo listo
llamaron a los cuervos.

Enredado en la madeja

Los hilos largos
tejen en los dedos
modos brutales
de arácnido que caza
la luz del farol
justo en el instante
en que salta
para ovillar
las manchas
en el rostro conocido
del asfixiado.

Otro hilo menos tenso
hace de conducto
se pliega al muslo
contraataca
al tuétano
manipuladas víctimas
necrosadas.

demás hilos
son ya cosa
de coser y cantar.

Ahora es el momento

Ahora es el final sin esperanzas.

Es mucho lo añorado

en el arco de vida.

Cada cosa gira

como el tiovivo.

El ciclo del bumerang

cada veinte años

con rostro

de angustias pasadas

órdenes supremas.

Todos dicen del hambre

las peores cosas.

Parece odio

pero la gente se acostumbra

a mendigar usuras.

Llenan su boca de angustias

siguen al pie de la barra

contando penas de otros

como si fueran suyas.

Con el alto precio

de la cerveza
andan sobrios.

Ahora es el momento
de ahogar a los peces
y violar a las palomas.

Las calles son piras sagradas
voces que gritan llamaradas.
Es el momento de tirar al mar
sandías y gallinas sacrificadas.
Es momento de repetir
la caída del muro
los malos vicios.
Buscar a los bastardos
hacedores de leyes
y pasarles la cuenta.

Es crudo todo
tenemos mierda
hasta en el aliento.
Embotados los puertos
de acceso al infierno.
Hasta eso nos han prohibido.

Es el momento del golpe
puede que el polvo
sea el milagro
cuando caigan los ladrillos
y todo se joda.

No alcanzamos las promesas

Tengo entre mis ojos
las cejas de Frida Kahlo.
Me veneran al mostrarme
como soy.
No finjo orgasmos
ni corro a refugiarme
por el solo hecho
de ser guijarro
la yerba mala
el gusano de seda
en su capullo.

Puedo ser de muchas maneras
cambiarme
por un par de elogios.
Tengo la boca chueca
porque no hago nada
que se me obligue.
Me golpean con ruido
si escuchan que compongo
otras roturas.
No prometo nada

que no haya cumplido
estos tiempos desalientan
al más idiota de los mortales.

Habito cada gesto
con las cejas fruncidas
de Frida Kahlo.

Mi cuerpo se rebela ingrato
ante el azogue del espejo.
Me masturbo herido
casi brutal
confinado al hábito
viciado de imágenes.

Por mucho que lo intento
me gobiernan un par
de odaliscas.

Toda confusión
es índice intachable
de otro fulano.

Casi estuve de paso
nunca pregunté
nunca dijeron
—usted no es bienvenido—

Los nenúfares marchitos
(Epílogo para la desesperanza)

Solar

Recorro los pasillos herrumbroso
del viejo condominio,
sus colores difumino
en paredes ahumadas.
El piano en lo alto
como dulce hemorragia
de notas dispersas,
agrega una hipócrita lágrima
de abandono.

Muchachos,
sentados alrededor de la fuente,
inconformes
miran el aburrimiento
de sus agonías
en un solar de la Habana.
Una ebria mujer
abre la ventana,
abre el océano de su ranura
calurosa.
Recuesta su angustia
en la baranda del balcón,

con la arrogancia de Dulcinea
esperando al mancebo
de sable filoso.

Los vecinos tiran de todo
por el mal pago de su karma.

Entre el polvo y la miseria
se va la luz,
(apagón programado
de los jueves)

Los gatos maúllan con furia
por la gata rubí,
de ojos grises y pelaje negro.
En sordina,
viven del calvario en Dios.

Rectan cosas
que no llega más allá
del holocausto
en las cañerías.
Las aguas negras
eructan con lentitud,

y desarraigo
todas las pestes divinas.

Los perros ladran recuerdos
de tripas vacías.

Los que debieron procurar las velas,
andan borrachos,
hablan pestes del gobierno,
se muestran reacios
al dogma de callar como las ostras.

Se van hundiendo en el ahogo
de sus almas traperas,
y sucios amaneceres.

Estampan sus famélicos
huesos,
sobre la piel
de la acera caliente.

Los autos patrulleros
rompen el olvido del solar.

(Han pintado con hambre el dolor subversivo)

La gente se espabila por un rato.

Irrumpe de golpe
como una pedrada.

Todos aplauden,
beben alcohol casero.
Se embriagan de tantas perdidas.
Sudan un poco de felicidad
en esta parte menos vista de la
ciudad hostil.

Subo otro par de escalones.
Hay mierda de gente,
mierda de gatos y perros.

Se han secado las tuberías.

Las ganas se esfuman
en cualquier homenaje.

Desde el capitolio,

todo es fresa.

Nadie confía en ese palaciego nido
de burócratas en fase terminal,
en su demagogia barata.

Es solar,
vida de contratiempos
sin remendar,
mientras se hace la luna
una bola enorme
para los solitarios
ángeles precipitados
del purgatorio.

(Útero sin alma de sitio condenado)

Más alcohol,
que siga el repiqueteo
de tamboreros sudados.

(Sigo subiendo hasta no sé dónde)

La mano en la aldaba

La mano toca fuerte sobre
la cruel madera.

Regresan los perros con el rabo entre las patas,
con alegría de animales inofensivos.

Son huesudos con costillares
de Rocinante.

Perros de solar,
de barrio pobre,
sin nombre
que vive del después.

La aldaba que golpea
el silencio del purulento interior,
su arcada contrita,
dibujos improvisados.

Es problema de los que llegan
y se van acostumbrando al bullicio.

Se asoman los ojos de miedo
entre el humo inerte sin rostro.

Cae un velo intolerante
con abrupto resplandor,
justo encima del nuevo testamento,
cosa que aprovecha
para empujar la molestia
de la mujer resonante
en su aparente robustecer,
y candidez travestida.

Tiene muchas flores en la cabeza,
senos erectos
que emergen,
a través del escote caído
del vientre,
escotilla desnuda.

El dedo irreductible toca
con cadencia.
Al instante,
se escuchan los acordes del piano
en el piso de arriba.

Los perros ladran seguidos
por la turba de chiquillos,

tirando piedras.

Muchachos en la fuente
observan con lascivia,
al hombre extraño
con la mano en la aldaba y el
cuchillo en la otra.

Fuente

Los muchachos en el patio
juegan a mirarse en los vidrios rotos de la fuente.
Apartan sus cabellos ensortijados
moviendo los dedos con sutileza.

Todo parece en calma
tenue el farol de luz amarilla,
hace piruetas.
Va abducido
en calamitoso estofado,
de sábanas sucias
al gulusmeo de pajarillos locos.

Malabarista
el de pecho para tornar los ojos
putos de la travesti.
Mayor en edad
el segundo de aspecto tirano
sonríe y muestra la camada
tiburónica en su boca.
El tercero
parece plumos,

se deleita en observar
al primero
en sus obcecadas aseveraciones
sobre la muerte
del viejo transexual,
apuñalado por el tipo del cuchillo.

Es un rapaz para el acecho,
pañuelo de doble costura.

Beben sus licores magros,
con ladronzuelos pensamientos.

Pasan *in situ* al soborno
de sus complicidades,
terminan por sobarse
la entropierna.
Luego dirán que deberían
matar a todos los "pajarracos".

Fabrica su juego exudado,
se deja penetrar
con destreza de follador,
el chico más criado a lo pandillero,

por padres monacales.

Muy tarde llega el coito apresurado,
canjean el hambre
en sus égidas cabezas
de medusas trasnochadas.

Van y se lavan en el sucio
escarceo del fuego.
En el infierno
sus malditos impulsos,
escarzo,
conopial escrúpulo
de templo sagrado.

Ninguno puede saber
qué ocurre,
están en la binación de la huerta.
Hay calor y mucha gente
queriendo entrar hasta los
andamios,
pegados en anexos,
demasiados curiosos.

(Han caído en estado de fluxión)

Mejor si evitan el largo trecho

hasta las tumbas,

y en el gozne de puertas

y ventanas,

esa noche,

pernoctan

frente al solar donde nacieron.

Fabulaciones

Nadie levanta banderitas.
Saben diferenciar
lo que el tornado trajo y se llevó,
al tinglado de las barbacoas.

Se hacinan unos sobre otros,
cargan sus miedos en sendos
refajos,
donde otros no pueden
oler las mantas.

Desconfiados de asuntos,
siempre en rezo a bestias
que nadie ve o invoca.
Reclamar el diezmo,
le somete al desplome
de sus casuchas empoderadas
de abandono.

Solo los rateros de más prestigio,
suenan las notas
un himno diabólico

de acontecimientos.

Al medio día las patanas
se hacen humo en las tinieblas,
de agua y nube.

No pueden contradecir,
se desata en rebelión
de disidentes animales
domesticados,
semejante a sacerdote pedófilo.

Cantan sin pronunciar nombres,
para ser menos culpables

Un golpe de caída al abismo

No ha visto el hueco,
hecho a golpes de caídas.
Bruscos son sus cuerpos
lejos de toda apariencia
con seres terrenales.
Caen sin emitir un grito
dolores apagados
al último hueso
dosificado al cardo.

Va el salto
a medir distancias
entre la brevedad
y la demora.

Son confesiones cristianas
la sangre cayendo en coágulos
al vertedero.

Bichos de ojos encomiásticos
joroba del camello
que en su grupa

remilga sarcástico
para luego
ostentar el fraseo
de sus magistrales afinidades.

La realidad cohabita
en gozne mohoso
tras las puertas adosadas
con ramerías,
e infinito pebetero
donde pescar
el llanto pectoral
indicio
de toda verdad circunspecta,

huya sin interés
a hurtadillas,
los últimos tiempos irascibles.

Caen unos tras otros
ásperos y retorcidos
contra el tálamo,
errantes y voluptuosos
al descuido fin.

Maliciosas aves corroen el retoño

Malditas andan siempre
con su predilección
por los precoces retoños,
evadiendo su aversión
en la raíz leprosa
de la tierra.

Pueden entrar al lúbrico
escaldado hacedor,
con cayado en mano
a rendir los serviciales
compinches de la efigie.

Devorada la raíz
nada queda para luego
restaurar el eje percutor
de los pálidos tocones.

Para luego el trotar
de lo alevosos caballos,
galopan en cognación
y éxtasis

generando furia en los culpables.

Maliciosas aves
corroen el retoño,
todos los grumos del apotegma
y la ganzúa.

Muchos se esfuman de la voz

I

De misticismo
dilapida imberbe
la cacería brutal
con fragua
de carbones
hechizados.

Muerde en retirada
cada vaso sanguíneo,
desangra al veleidoso
fraile
torpe
adocenado
con manto escorrozo
su sexo abrupto.

El daño es mínimo
si al escollar la quilla,
todas las olas
vuelven al desnudo

cuerpo convocado
a la piedra.

II

Ningún esbozo de ciudad
resiste epidesmo,
mucho menos la Habana
querida y maldita,
en su exotismo
y algazara.

No pueden,
se les hace gravoso
andar de gratitudes,
si nunca hubo de su parte
una palabra rebuscada.

El grueso es émulo
decremento,
atavío en el cuero por correas.

III

Podrá ser considerado
pero jamás volverá
a sentir la paja
en ojo propio,
si la calma
no gratifica en su mueca,
mundanos vicios
de ramerías políticas
con el daño concebido.

Abrupta como la jauría
la sangre se resiste
a un reservado luengo.

Se reverencia sin decoro
siempre descalzo y embustero,
otro país de mariquitas
y retrógradas muecas,
contra el mundo.

Se vive en una tierra sin ley
donde el marasmo,

es credencial
y la expulsión se excede.

O se está sentado
aplaudiendo los milagros,
o las desavenencias
confinan de por vida,
cualquier rebrote
de yerba mala.

Muchos se esfuman de la voz
para seguir cenando con las bestias.

Tantas cosas

Se han dicho de mi tantas cosas:

que si soy un hueso duro

un inadaptado

un pájaro loco

un marica de mierda

una lástima.

Tantas cosas juntas

sin dividir

sin reparar

cosas terribles:

como si doy el culo

por buena gente,

si entro en grupos subversivos

si me molesta todo

si soy un amargado

un sapo

un tipo irreverente

todo lo peor

que pueda caber

en las cosas que se han dicho.

Lo que nadie dice:

soy todo eso
mucho más que todo eso.
He caminado sobre carbones encendidos
sin la ayuda de los que me critican.

He luchado contra el karma
y sus consecuencias.
Contra el que solo
sacó su espada
a destrozarme el discurso.
Yo no pedí que me trajeran
ni nacer en isla de sepulcro.
En este sitio donde no puedo
respirar por la rendija,
la que me asigna el poder
y sus anexos.

Tampoco he sido bueno
ni he muerto ni pienso hacerlo
como el apóstol,
mirando el sol
cargando la culpa de los tiranos
déspotas incendiarios
de las glorias.

Se dicen de mi tantas impúdicas injurias,
que he decidido recuperar
el tiempo,
disimulando en bien de mis ancestros,

cuando se cansen de blasfemar
y mi cuerpo sea arrojado al lodo,

resurgiré sin armaduras,
a repetir otra vez
aunque les duela,
mi irreverente modo
de combatir a los putos
magistrados del decoro.

Ay, mami, chica

Ay, mami, chica.
Cómo es posible,
hayas hecho espejo
este cuerpo,
en engendro de hombre
que no ama,
en Narciso de agua,
en víctima de luces
y de arpegios.

Ay, mami
Tengo la carne magullada
de tantos cuerpos,
y tantas salvajadas.
Primero me aman
luego,
tiran lo que queda a las carroñas.

Para qué me hiciste de tu costilla,
crucificado,
sin ángeles
si para mí no existen,

postergado como estoy
a un simple gesto,
la piel marchita
los ojos grises,

por una ceguera ancestral
en lo que pude merecer
y me prohibieron.

Mejor sería si en el parpadeo,
se me cerraran los ojos
volviera al útero
para ser juzgado,
tal vez,
para quedarme allí eternamente.

Con un canto en el pecho

“A esos grumetes que nunca llegaron a tirar de los
cáñamos”.

Las veces anteriores
fueron implacables.
Primero en el ochenta
luego en los noventa
no se pudo remar
hacia la rompiente.

Era de noche
hacía frío.

Rachas de vientos
chocaban contra el muro
casi en destiempo
se ahogaron los deseos
el mar bramaba furioso
desde su oscuro
y silencioso ojo negro.

Los que lograron embarcarse

no fueron lejos.
El Faro del morro
con luz intermitente
mostró el auxilio
de sus rostros
yendo al fondo.
Se veían tristes
liberados de una isla
acosada por demonios.

No pudimos auxiliarles
en su mar de fondo.
Éramos cobardes
marineros en tierra seca.

Sentimos la tempestad
los pájaros que huían
jalados por las olas
cuando el rayo
partía el horizonte.

Todo el año pasó raudo

con zozobra de ausencias
y madres silenciosas
rezando en las noches
a la reina de los mares.

No los vimos dormir
sobre las aguas.
Llegó la calma
el vacío
que deja la resaca.
Este año serán otros.

Un día tal vez
me toque alzar vuelo,
aunque no tengo vocación de marinero.

Con un canto en el pecho
haber sabido empujar las balsas
y quedarme parado
mirándoles huir
como las bibijaguas.
No sé de qué lado

soplan mejores vientos.
Poco a poco
uno termina por acostumbrarse
a dejar la cabeza
resguardada en puerto.

Debo darme con un canto
en el pecho
que aun sigo preso
en este vertedero.

Siempre voy a dar una ojeada
por si vuelven.
Uno nunca sabe
las cosas no suelen ser
como aparentan.

Hijo de nadie

Me han torturado
para que no revele
el sitio donde guardo
mi humilde secreto.

“Ser el hijo de nadie”.

Me han dicho
que de mi cuerpo
solo los pies me pertenecen,
las demás partes
son agregos
por faltas cometidas.

Me entierran y desentierran
para darles un escarmiento.
“Estoy acostumbrado
a clavos y cruces”.

(Lo del vinagre y la sal
le toca a otro).

Nunca seré Mesías.
Para eso se necesita
ser hijo del enviado,
creer en lo divino.

“Soy novato en oficiar cultos divinos”.

Tal vez me crucifiquen
un jueves,
y resucite al cuarto día.
Estoy tan acostumbrado
a las torturas.

Mi sangre no será vino,
pero tiene el néctar
que un hombre necesita,
si quiere resistir
el peso de la cruz
sobre la espalda.

Soy el hijo despreciado,
el desclasado
hijo de nadie...

Los necesarios desperdicios de la ciudad

Ansiosa
infinita
temerosa
cada una mide
su tiempo de espera.

La ciudad
a capa
construye
su dominio indeterminado.

Todas las verdades
cabén en el ojo de la furia.

Mella sobre el tizne
del candil apagado.
Fuerza indomable
echa luz
al sur
donde se plazan
continuos
las raras acechanzas

al vórtice implacable.

Cada hueco de esta calle
es vieja cicatriz
espinas y cardos
pétalo metálico
del yermo.

Los necesarios desperdicios
de la ciudad
van situando la puntada
entre barreras de polvo
balcones inocentes
bordados de trapos
en banderas rotas.

A nadie interesa
si al persuadir
otro derrumbe
aclara o profetisa
un próximo delirio.

Hay en lo inmenso
tanto de terquedad
fermento

resignados trastulos
inexplicables en su fin
de los objetos.

No es casual
ver en las rajaduras
ese empeño
ante lo infausto.

Ciudad
en su ropaje
vistiendo harapos
el fuego fatuo
de tus criaturas.

Conclusiones

I

Contrario a lo que se pueda decir
de los absurdos sueños, uno sale
cual perro que no ha comido carne,
con otros perros, al encuentro
del vendedor, que lleva en su bolso,
los venenos mortales, los que sirven
para conseguir la paz del estómago.

Contrario a lo que se pueda pensar,
nada hay más humano, que darle la
pócima sutil, y dejar que otros, pasen
sobre el mar, en vuelo raso, a sembrar
semillas en los enterraderos.

II

Si la crueldad es el sacrificio
por la pena ajena, entonces este
mundo anda de vueltas al revés.
No es fácil ver tantas vidas, hechas

de polvo y arrogancias. El orgullo muchas veces es, horrura insoportable.

Si de algún modo, se pudiera esculpir el hambre, entonces las plazas sin palomas, exigirían sus mármoles y fuentes, con sangre en vez de agua.

III

Sobradas razones hay en todo lo absurdo. En el incauto que no peca, que anda por la vida, sembrando nimiedades. Vayan al lado, donde cada ladrillo, se vuelve polvo, espectáculo, profundidad y defección, de otro inescrutable esfuerzo.

Varada en rincones asurcanos, hay voz en la angostura de los bares, borrachos sin anhelos, putas reducidas a cagar, en complicado versículo de espejismo a sueldo, de catedrales y curas, ladrando un padre nuestro.

No es verdad

No es verdad
cuando sobre mi cabeza
relincha el caballo
cargando las alforjas
llenas de gusanos,
criaturas tan frágiles
asco para otros
consuelo para mis labios,
desnudos y sedientos
casi olvidados
en su agotado espacio,
construido a golpe
de zozobras
idénticos al durazno,
su olor silvestre
cómplice y amante,
destinado a sostener
encrucijadas
otras adicciones,
un repliegue de arcadas
al rescoldo inseguro,
si se le niega

en su lugar
cosecha el hilo
que cierra de una vez
la súplica del alma.

Debería ser de un modo menos frío

Deberían recoger del suelo
los frutos que se pudren,
llenos de moscas y gusanos
complicando un poco
el olor de fruta madura,
si cualquiera puede llegar
con dos cestas
a reciclar ansioso
tubérculos,
anomalías naturales
entre las raíces
torcidas al misterio,
de cada una cosecha
sobre las ricas
albahacas,
sufren los que han pasado
por delante
y nadie les invita,
para gozar el azúcar
néctar de domingo,
con un sol sin nubes
quemando el rocío,

los gusanos
esas raras lisonjas
del colector,
para su amante favorito
su cuerpo hecho
a gusto y semejanza,
se acomoda de espaldas
el colector desabotona
el ligero cierre,
por último penetra
con los labios chupa
el néctar codiciado
eyacula.

Retrato de una habana frente al morro

Que triste lejanía ciudad
de tantos nombres.
Habana de encumbrados oficios
y agotados esfuerzos.
Eres el despertar compungido
de tu gente agonizante
en largas filas
para el pan de cada día.
Diosa de los silencios
argamasa ciudad
puta estéril
codiciada embustera
ciega y olvidada.
Habana
bitácora
anagrama
escrito en ruinas,
tus paredes embargadas
en el sortilegio
de caducos alquitranes,
ron
cigarros

fustigadoras mujeres,
inquietud
nerviosismo de palomas
búsqueda de lo perdido
caída en las mieles
de panales
y abejas reinas.
¿Dónde están tus borrachas madrugadas,
tus muchachos del parque
tus efluvios de luz,
tus infernillos?
¿Qué ha quedado de vos
si te gobiernan,
rameras incapaces
negadoras del vino
y los santos óleos?

¿Dónde están tus deidades
orichas
diablillos,
obscenos gorriones
en su triste mezquindad
tras la migaja?

Habana de Lázaro
sin muletas frente al templo
de infames limosnas.
No ha llovido más el pútrido
e injurioso discurso de las cien horas.
Por suerte apenas
respiras ovíparas cenas,
aunque hace sangrar con sal
desenvaina falsedades,
como oblea que es
y no oculta la copa de vino.

Todavía te quedan tripas
para salvarte del hambre,
del juicio acrótero
en otra fingida farsa
de bufones,
despechados fulanos
derrochadores del licor
en litúrgicos domingos,
mientras abajo
en la tierra árida,
se van secando
uno a uno

los apóstatas,
embargadores del pensamiento
y la palabra.

Habana ruinas,
cavilosa renegada
sentimental criatura,
parásita y desnuda
frente al Morro.

¿Qué han dejado de vos Habana
sometida?

Solo las columnas te sostienen
de las últimas antífonas
y misereres.

Bordadas con hilos de fraudulentas
promesas,
solo serás salvada por el milagro
o el innegable reclamo
que de tus hijos,
llegue al indemne gobierno
mutilador del vuelo,

dueño absoluto
de lúgubres rufianes.
Habana puertas
esperemos otra vez,
la reconquista
no con espejos y hojalatas.
Serán del mar tus propios hijos
vestidos con la mortaja de sus muertos,
alzándose desde sus lacerías
a hincarle al buitre,
sus dardos de lágrimas
lamentos oxidados,
pagadoras promesas
en tu ovario ciudad,
prefacio inseparable
del horno seráfico,
donde se cuece el pan,
se hornean los gritos
de tus escaramujos.

Soborno del espejo

I

En mi rostro no vive el ángel
porque ha huido
entre reflejos
al manantial de hiedra.
Tampoco existe su Edén salvaje
ni bebedero de pájaros
alucinados
y augustos personajes.
El rostro golpeado
zancadillas soportadas
surcos empotrados
en el parietal derecho,
un trato descabellado
pretendido rescoldo
otra vez el fuego fatuo
de mis desavenencias
y excesos.

II

Padezco la ingratitud
de los poseídos.
Desconcertantes premoniciones
profanadas tumbas
mis ojos,
donde fueron enterrados
los cultos ordinarios
sin valimiento.
Someras excusas
en los horcones,
somontes trozos
de hiedra,
excusa
derrumbes
lúgubres trozos umbrátiles,
acólitos eructos
del maligno juego,
sencillas confesiones.

III

A cada uno los descomulgados

casi pontífices
se les conceden
obvias jefaturas,
gratitud e ignorancia.
Gravoso torturar
rumbos imprevistos,
otros rostros
menos idolatrados,
cayendo en jirones
al caldo fermentado,
con ingeniosa erección
en detrimento,
a lo que adeuda
por compromiso.

Este rostro mío
es cántaro de barro,
cortijo
amuleto en jirones,
sinvergüenza jugador
mudanza y conveniencia.
Diminuto ofrecimiento,
aborrecida imagen
de otro rostro.

Estoy atado al muro
con la mirada puesta
en las heridas
de esta ciudad sin hombres.
Me han bautizado
de animal doméstico.
Soy el último de todos
los perros arrodillados,
frente a las grietas
de una Habana abortada
en el olvido.

JORGE LUIS BETANCOURT



Jorge Luis Betancourt —Banes, Holguín, Cuba—
1964. Graduado en artes visuales. Tiene más de veinte exposiciones personales y colectivas. Ha obtenido importantes premios en su país y publicado en revistas de Chile, Perú, México y España. Su obra literaria abarca la poesía, teatro, y narrativa. Es colaborador de la revista “Nube cónica” de Chile, además, una de sus novelas en proceso editorial, saldrá con Zeta centuria ediciones, Argentina, e Ilíada editores, Alemania.

También tres de sus poemarios por ediciones Del callejón, Argentina.

Vive en la Habana, en un apartamento frente a la bahía.

Índice

Mas perros	10
Nocturno ciudadano	13
Andar de juerga.....	16
Ladridos del viaje.....	17
La otra mejilla.....	19
Del prójimo	20
Bastardo.....	21
Sin grilletes	24
Ahora.....	26
Demonio.....	27
Rey de nada	29
Agonías.....	30
Migajas.....	33
El color de la raíz.....	34
Quiero	37
De la incólume oquedad	38
Isla.....	41

Trocadero.....	45
Ébano.....	46
Al filo de lo perverso.....	48
Búhos.....	51
Proyecto para la desmemoria de una isla anorgasmica	55
Como si huyera del otro lado hacia el horizonte.....	60
Sarcófago para narciso.....	62
La piel en la fragua.....	64
Junto a la charca.....	66
Ánforas.....	68
Los errores enmendados.....	71
Sueño con miedo de no despertar.....	74
La recompensa es el sudor sobre la frente.....	76
Algunos prefieren irse.....	78
Los que vuelven por el pan.....	82
Enredado en la madeja.....	84
Ahora es el momento.....	85
No alcanzamos las promesas.....	88

Los nenúfares marchitos	90
Solar.....	91
La mano en la aldaba	96
Fuente	99
Fabulaciones	103
Un golpe de caída al abismo.....	105
Maliciosas aves corroen el retoño	107
Muchos se esfuman de la voz.....	109
Tantas cosas	113
Ay, mami, chica.....	116
Con un canto en el pecho.....	118
Hijo de nadie	122
Los necesarios desperdicios de la ciudad.....	124
Conclusiones	127
No es verdad.....	129
Debería ser de un modo menos frío.....	131
Retrato de una habana frente al morro	133
Soborno del espejo	138
JORGE LUIS BETANCOURT	142



Título: Retrato de una Habana frente al morro.
Autor: Jorge Luis Betancourt.

Edición digital Hoja en Blanco: mayo, 2022.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre la obra. Esta edición digital está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*.



CC BY—NC—ND 4.0

Se permite descargar y compartir siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

www.hojaenblancoeditorial.com

